

B61.44
B41po
.2



LAS CONTINENTALES

ANDRES ELOY BLANCO

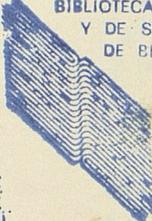
MAYO 1923

CAD 9133

V 861.44
B641po
e.2

BIBLIOTECA NACIONAL

INSTITUTO AUTONOMO
BIBLIOTECA NACIONAL
Y DE SERVICIOS
DE BIBLIOTECAS



DIVISION DE
LIBROS Y
FOLLETOS

INSTITUTO AUTONOMO
BIBLIOTECA NACIONAL
Y DE SERVICIOS
DE BIBLIOTECAS



DEPOSITO
LEGAL

POEMAS CONTINENTALES

La Historia nos ofrece rica motivación para el presente. Nos acercamos a los héroes para buscar inspiración constantemente renovada a nuestro afán de lograr plenamente lo que a ellos los impulsó al combate. Encuentro, en este momento, obligante aceptar una invitación: la que Andrés Eloy Blanco formulara hace unas cuantas décadas, cuando todavía nos movíamos entre sombras y tímidos signos de alborada apenas se atisbaban en la confusa lontananza:

*Ven conmigo. Hablemos del presente.
No más hablar de ayer. El ayer sea
la calma del altar: nuestros mayores
nos agradecerán seguramente
hablar menos de ellos y hacer más por su Idea.
Padres, Libertadores,
al Panteón, al bronce y a nuestro amor tenaz,
aumentar en sus huertos la cosecha de flores
y dejarlos en paz.
La barca de los Héroes navega en los desiertos
del Pasado: llegaron, abrieron nuestros puertos
al Sol, nos dieron velas, se volvieron a ir . . .
ya tenemos cien años hablando de los muertos,
sin recordar que América necesita vivir.
Antes, muerda el hachazo las carnes de la encina;
de la azteca ribera a la playa argentina
mil sirenas de acero revuelvan nuestro mar.
Que diga el Norte atónito: —¡Ya el Sur muestra los
[dientes!
y a los cuatro horizontes surjan los cuatro puentes
por donde el Pueblo ha de pasar.*

DR. RAFAEL CALDERA, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.
FRAGMENTO DE SU ALOCUCIÓN EN EL CAMPO DE
CARABOBO, EL 24 DE JUNIO DE 1971

EL POEMA

de Andrés Eloy Blanco (1897-1955) que se reproduce en la presente publicación fue escrito a los veintiséis años de edad y lo incluyó el poeta en la sección "Poemas Continentales" de su libro PODA, editado en el año 1934.

I

Rasgue el azul, Hondero, la piedra de tu honda,
surque los cielos mudos tu pedrada augural
y rota en un Poema la celeste rotonda,
caiga su terremoto de cristal.

Ya es hora, voz de América, Nuevo Cantor, Atleta,
ya es hora de surgir.

Acomoda al Presente tu voz, porque el Poeta
es el gesto del porvenir.

II

Ven conmigo. Hablemos del presente.

No más hablar de ayer; el ayer sea
la calma del altar; nuestros mayores

nos agradecerán seguramente

hablar menos de ellos y hacer más por su Idea.

Padres, Libertadores,

al Panteón, al bronce y a nuestro amor tenaz,

aumentar en sus huertos la cosecha de flores

y dejarlos en paz.

La barca de los Héroe navega en los desiertos

del Pasado: llegaron, abrieron nuestros puertos

al Sol, nos dieron velas, se volvieron a ir. . .

Ya tenemos cien años alabando a los muertos,

sin recordar que América necesita vivir.

Antes, muerda el hachazo las carnes de la encina,

de la azteca ribera a la playa argentina

mil sirenas de acero revuelvan nuestro mar;

que diga el Norte atónito: —Ya el Sur muestra los
[dientes!
y a los cuatro horizontes surjan los cuatro puentes
por donde el Pueblo ha de pasar.

III

Ven a mí, Compañero, une al mío tu Canto,
junta mi voz con tu voz
y en los caminos gritaremos tanto
que el hombre de los trigos levantará la hoz.
Ven a mí; es el momento:
todo mueve a cantar, todo es aliento,
razón de gozo, estímulo de fiesta,
y está cantando el ruiseñor del viento
con la garganta azul de la floresta . . .

IV

Mira, devuélvete por la Historia un instante
y atrás toma la fuerza de seguir adelante:
Unánime y ferviente
va la tribu, camino de Occidente.
Todos se sienten únicos en el jirón de tierra,
por la ley del pasado, por la ley de la guerra.
Van hacia la pradera
por donde nunca el cielo sin azul estuviera;
atravesan las aguas para atenuar sus bríos
y en sus pechos fracasa la explosión de los ríos;
por selvas imposibles al egoísmo humano

y bosques agitados con todos los rumores,
se aventuran en busca de la flor de verano
y del tigre que guarda la virtud de las flores.

Veloces, como el rayo, sutiles, como el viento,
allá Quirón con alas, aquí Ulises desnudo,
cantan en la bravura del momento,
contra el azul la flecha, carne viva el escudo.
Vinieron desde el Polo; en un lejano día,
rompiendo hielos vírgenes, pasaron el Estrecho
y al que llegó adelante, la vieja Poesía,
prisionera de un témpano, le hizo sangre en el pecho.

De sus ojos destella
con rojos vaticinios la ciencia de la Estrella.
Del puñal de obsidiana y del vaso de oro,
en los ritos sangrientos,
la sangre de la ofrenda bebe el sagrado loro,
voz de los cuatro Hermanos, que son los cuatro vientos.
Por las noches, vecinos a la lumbre extrahumana,
saben poblar de sueños el éxtasis del baño
y, efluvio de pastores, al llegar la mañana,
con un silbido mueven el timón del rebaño.

Divinizaron todo cuanto vieron sus ojos:
el fuego, el sol, la cumbre, la hondonada,
el color de las aguas, los crepúsculos rojos,
la zarpa del felino, lo sin razón, la Nada . . .

Y reside el secreto de su politeísmo
en ese amor por todo, que es amor por sí mismo:
Idolos la llanura y el sol y la ribera,

ídolo todo, cielo, tierra y mar,
porque al pasar el indio en su carrera
le miraron pasar.
Idolo es la caverna para el indio que pasa,
ídolo la hojarasca que le sirve de lecho,
porque en esa guarida tiene el indio su casa
y en la hojarasca sueña y muerde un pecho . . .

V

Pues bien, una mañana
de la tribu dormida se alzó un indio; su frente
reflejó las ternuras de la Aurora naciente
que detrás de los cerros abría su ventana.
El indio se orientó hacia la ribera
y allí, frente al Silencio, que es la voz del vacío,
sintió temblar su ser por vez primera,
al ver toda la aurora palpitando en el río.
Bajo su erguido cuerpo se dobló la canoa
su labio destilaba la armonía secreta,
saltaron aguas nuevas a la afilada proa
y en el alma del indio nació el primer poeta . . .
Allí está tu abolengo, Cantor; en esa orilla
sembró el indiano sueño tu semilla.
Aquel momento oscuro rompió el broche
que encerraba tu verbo de vida y de verdad,
como de la montaña, corazón de la Noche,
saltan los Orinocos, venas de claridad.

VI

Y después, cuando vino
la audacia de las barcas españolas
y el filo de las quillas, abriéndose camino,
rompió la doncellez de nuestras olas;
y cuando el alma indígena corrió en cauces de muerte
y se mezcló a la sangre del aborigen fuerte
sangre de hispano indócil y de moro invasor,
el Verbo americano brotó de aquella fragua,
como del tronco viejo, cuando le cae el agua,
brota la nueva flor.

VII

El Verbo americano, sí, no es un simple nombre;
él existe de un modo sofocante y fatal,
existe porque un día una mujer y un hombre
cruzaron en dos verbos su pecado mortal.
Existe dondequiera
que fluya la ternura de una copla llanera;
donde, irrumpido del palmar lejano,
en tanto que la noche sus tintas acrecienta,
alce un toro lunático de la luna del llano
la media luna de su cornamenta.

Existe mientras puedan llenarse unos oídos
de susurro de pampa y explosión de torrente,
dondequiera que un potro y un jinete fundidos
puedan mirar a Apolo y a Pegaso de frente.
Existe en la llanura verdecida

que a los cuatro horizontes se dilata y se pierde,
por donde pasa un gaucho, a toda brida
como un dado que rueda sobre el tapete verde.

Y en el agua febril que cuando rueda
y es Marañón, es Orinoco, es Plata,
va bordando sus túnicas de seda
con el encaje de la catarata.

Existe mientras pueda decir un indio: –España,
cuando tú fuiste a Flandes,
yo estaba ya abonándote la tierra de la hazaña:
tú cruzabas las olas, yo cruzaba los Andes.
Existe en el idilio feroz de la montaña,
donde hiere las sombras el amor del jaguar
y existe en el amor de la cabaña,
donde la boca muerde porque no puede hablar.

Existe en todo: en el azul celeste,
pues no hizo Dios ningún azul como éste;
en el Ande impasible y en la pampa sonora
donde se hace más lenta la marcha de la hora;
en el árbol inmenso, envejecido,
y en el ave que al árbol la canción de su nido
como una flor colgó,
en fin, existe en esto que salta de mi mano,
y pues yo mismo siento que soy americano,
existe dondequiera que sientan como yo!

VIII

Una carne el mar besa en sus contornos,
desde el Golfo de México hasta el Cabo de Hornos.
Una fue, cuando al bote
de la Conquista,
el Rebelado y el Quijote
gritaron con un cuello de Bautista.

Una, cuando surgida de entre los ataúdes,
abierto el labio al pan de las verdades,
se alzó la Diosa de las multitudes,
sobre el mudo pavor de las ciudades;
y en el Acta sagrada
en que los Padres de la Autonomía
firmaron sobre el dorso de la noche pasada
su voluntad de caminar sin guía.

Una en el ara fraternal
y en el sereno sacrificio;
una en la exactitud del momento social
que siguió al natalicio
de los Libertadores,
en aquel pacto implícito de gesta,
pues al erguir un árbol de Libertad sus flores
fue todo el Continente una floresta.

Una en los héroes magnos que cruzan el combate,
constelados de plumas y condecoraciones,
los que, cuando la Muerte les abate,
van a poblar de luz los Panteones;
y una en la noche aquella
en que ilumina el campo de batalla desierto

la condecoración de alguna estrella
sobre la faz del soldadito muerto.

Una, en las mil andanzas
que al través de los valles y de las cordilleras
marcaron nuestro unánime designio de vivir,
escrito con las lanzas
en el jirón de las banderas
y gritado a la oreja misma del Porvenir.

IX

Y todo cuanto vino de extrañas latitudes
vino a sumar a ella su caudal de virtudes.
El ancestro, mezclado de cosmopolitismo,
ha dado flores nuevas, pero el tallo es el mismo.

Sangre de Francia, vino
de amor, tan pura como la de Cristo en la Cruz;
el indígena imperio que la halló en su camino
dio al Futuro repúblicas, reflejos de su luz.

Sangre de Italia, sangre de eternidad, viajera
del Progreso, que trajo la nueva cornucopia:
en el indio solar de la pantera,
la loba vive como en casa propia.

Y sangre de Sajón y de Germano
y la que en el Brasil hizo un rosal,
cuando regóse frente al oceano
la sangre azul de Portugal . . .

X

Es ésa, americanos,
nuestra fuerza; tenemos
en nuestros pueblos sangre de todos los demás;
todo cuanto ellos puedan nosotros lo podremos,
pero en cambio, nosotros tenemos algo más.
Al menos yo declaro que tengo todavía
en el mismo portal de mi abolengo,
raza propia, aborigen y fresca, raza mía . . .
yo sé quién soy y sé de dónde vengo!

Y sé también a dónde irá la estrella
de América, en el fallo de la Divinidad,
cuando Ella pase, mezcla de todos y de Ella,
vivo en su hoguera un gesto de personalidad.

XI

Todos —y el Atlántico— mirarán el gran viaje
de cien humanidades buscando nuestro sol
y todos cantarán sobre el ronco oleaje
su estrofa para el Poema Español.
De pie y alerta! La mañana
es un presagio de Primavera.
Pueblo cantor, prodiga los dones de tu hosanna,
que está como una mano tendida la sabana
para los dones de la cordillera.

XII

Soldado: tu cantar de acero
esté siempre despierto junto a la llamarada;
avizor y fraterno al extranjero,
sea el alejandrino de tu espada.

La breve frase del fusil, en riego
de huracanes, difunda la salva de la unión:
un solo pueblo -América- bajo el feliz sosiego
y una sola bandera, como barca de fuego
bamboleando sus glorias a flor de batallón.

Con revés apostólico, las cuchillas guerreras
corten el hilo inútil de las viejas fronteras.
Sé en la gesta civil guarda y asilo
y en la ofensa brutal brazo y muralla,
pero donde tu acero pueda empañar su filo,
sea el abrazo tu mejor batalla.

No dañe el oro de tus entorchados
al oro de la mina y al oro del trigal,
-¡qué contentos se ponen los sembrados
cuando pasan por ellos los soldados
y ven las flores sin hacerles mal!
Y si un día en la guerra
la sangre vuestra ha de correr,
vendrán todas las flores de la tierra
en vuestra tumba a florecer,
mientras la voz de cien generaciones
dirá en la lengua de la Apología:

–Ved qué garras de seda tienen nuestros leones!
acarician las rosas, cantan en la agonía,
y en el combate, yunque de los bríos,
cuando todo se arropa en el estruendo,
repetirá el Tribuno con santos desvaríos:
“Aquello no es valor, amigos míos,
aquello es miedo de seguir viviendo!”

XIII

Oye, Labriego, ese vasto rumor
que agita en torno tuyo a la campiña;
goce tu oído al maternal dolor
de la tierra, que bajo tu brazo sembrador
ya dejó de ser niña.

Ten el orgullo de tu siembra;
tu tierra es tan fecunda como el huerto de Adán;
gózala y dale trajes de verdor a tu hembra,
mientras arde en codicias el extraño egipán.

Refleja en tu labor la fervorosa
quietud con que trabaja el Universo,
abre la dura entraña como se abre una rosa,
labra el jardín como se labra un verso.

Y el surco será surco de luz bajo la reja,
como bajo la mano del hondo Jardinero,
apenas el arado del sol pasa y se aleja,
retoña la cosecha del lucero.

XIV

Pensador, ve a la tierra, la vieja Pensadora,
cumbre o sima, tu mente dé luz a toda hora;
vuelve el chispazo de tu fragua,
al Oriente, al Poniente,
sé el Aconcagua
cuando asoma tras él el sol naciente.
Mientras sobre ti el Cóndor su vuelo precipita,
como vuela una idea sobre una frente inmensa,
sé la América entera, que medita,
sé el cerebro rugoso de los Andes, que piensa.

XV

Obrero: en el estruendo del taller,
pon la sangre en la Obra, novador y felibre;
salva de la rutina lo azul que hay en tu ser—
tras de la mano esclava, el alma libre.

Tu paciencia mecánica labre un poema, pero
tu espíritu entre tanto, labre dos,
con la ternura de José el Obrero,
que con la mano hacía obra de carpintero
y hacía con el alma obra de Dios.

XVI

Gaicho, llanero, hay en mi escudo
un caballo en carrera;

de cien años acá, nadie lo pudo
montar, que no cayera.

Sólo tú, hijo del Indio, sé el jinete. Ganada
tienes la meta, pasa la vieja cabalgada
y hacia el futuro vuela, carne y crin el arnés,
porque si en el abuelo tuviste frente alada
tienes hoy esas alas de la frente, en los pies.

XVII

Y tú, Mujer de América, la única,
Apacuama y María, Pola y Marta,
con hojas de bananos adornada la túnica
y entretejido el pelo con laureles de Esparta!
Ternura de Gabriela,
pasión de Juana, llama de Alfonsina,
buche de tórtola, beso de canela,
cuánto de América en vosotras vuela,
cuánto de alero va en la golondrina!

¡Quién sabe en qué escondido
recodo de ribera o de sendero
estará la pequeña mujer, que dé un sentido
grande a mi fe, quién sabe de qué nido
vendrá la golondrina de mi alero!

Oh tú, la fuerte, la fogosa,
y tú, la tierna, la pascual,
la que es espina de rosa
y la que es rosa de rosal!

Abeja de cien alas, mujer de alma de abeja,
que en el bosque de lanzas escuchaste la queja
que a tu breve picada lanzó el bravo tropel,
hacia mí tiende el ala enardecida,
que aquí, para que libes el amor de la vida,
mi corazón se endulza, como un panal de miel.

Tú eres la Conductora
de los pueblos, comprende tu misión de Pastora.

Hable al hombre de América tu boca, que es la gloria,
de cómo es dulce tu querer
cuando se llega a ti con la victoria,
a la noche siguiente de vencer.

Háblale del Amor que lucha a solas,
de aquel perenne viaje de las olas,
de huracán a huracán, de puerto a puerto;
del último aletazo hacia la meta,
del último poeta
que anduvo sobre el mar, después de muerto;
y del desmayo de los pabellones,
que cuelgan, como tiestos floridos, de las rejas;
de las que van perdiendo su vida entre oraciones,
como esas rosas frescas que cruzan los salones
sobre el corpiño de las damas viejas . . .
Y de la tierra vieja con la sandalia rota,
en cuyo seno azul, bocas extrañas
chuparon sin descanso, gota a gota,
la leche maternal de las hazañas.

Y de aquel grito de "¡Adelante!"
que rompe la cadena,

del hermano que cobra la ración del instante
y del hermano errante
que muerde su limón de tierra ajena.
Y huya tu pie del ritmo torpe y lento
que acompasan cloróticas mujeres
en brazos de hombres torvos, a caza del evento,
llenos de nada y de placeres;
flores de mostrador y de cantera,
piratas del Ensueño,
que van con un sigilo de gata zalamera
detrás del hombre que no tiene dueño;
berberiscos de ahora,
para cuya salvaje fiebre conquistadora
nuestras patrias acendran futuras golosinas
y que ven acercarse nuestra última hora
desde que sienten fácil su pezuña traidora
en la carne sagrada de las hembras latinas!

XVIII

Ven a ver, extranjero,
lo que alumbran mis soles, lo que aroman mis llanos,
lo que rugen mis selvas, lo que abunda mi pan;
el que venga a robarnos, tendrá bosques de acero
y el que venga a pedirnos, hallará nuestras manos,
pues las manos son dueñas de lo mismo que dan.

Beberás de la leche caliente de mis vacas,
tendrás miel y racimos al terminar la siega
y en la noche un augurio matinal de maracas
y una copla turpial de Santos Vega.

Y trenzarás conmigo
de flores frescas el testuz del toro,
el Tequendama azul será tu amigo
y el río de la Plata será tu río de oro . . .

XIX

¡Ah, cómo siento yo la tierra mía
cuando en la paz del campo,
interpreta mi trémula alegría
el corcovo jovial del hipocampo!
y cuando tras el toro, sobre el potro tendido,
la sogá, raudo círculo del poder, en la mano,
de los gamelotales el jinete ha surgido,
que siento ya que lo vomita el llano . . .
Prende el lazo en la furia del testuz, y rebota
de topo en topo el grito, hasta el ribazo,
la sogá va girando con el toro en derrota
y es el radio de un círculo cuyo centro es un brazo.
Y siento en esta escena soplos universales:
así por las llanuras celestiales
ruedan astros atados a un inmortal connubio,
y encendida en rugidos de fúlgida becerra,
gira y revuelca su dolor la Tierra,
enlazada en el vuelo por un jinete rubio!

XX

¡Ah, cómo siento que mi tierra es dueña
total de su futuro,
señora de su predio, bajo la doble enseña
del cielo azul y del bosque oscuro!

Y cómo espero el día en que el Pirata
la encontrará en la playa, bordando las arenas
y arrojando al azul su voz de plata,
con la emoción de los diez mil de Atenas!

XXI

¡Thalassa, madre América! La estela
de la escuadra futura, ya va a tejer la rada;
el cachorrillo de la carabela
tiene acero en los músculos y fuego en la mirada.

Ya en el portal vigila,
preparado, el bajel;
con la casa guardada, puedes dormir tranquila-
sueño de Diana y vela de lebrel—.

Y en no lejano día, la voz de tus soldados
turbará la quietud del mar profundo,
cuando un millón de bárbaros en cien acorazados
se dirijan veloces al asalto del Mundo.

Tendrás la voz del llano, del bosque y la montaña
y hondas al viento Sur tus blancas lonas:
—Mío es el mar que mis costados baña,
porque yo le alimento de mi entraña
y le doy sangre de mis Amazonas!
y erguirás tu sanción sobre el anhelo
rubio: —¡Mío es mi suelo,
mío es mi mar, porque lo sé guardar!
si el mismo Dios no pudo ponerle fin al Cielo,
¿quién es el que pretende ponerle freno al Mar?

IMPRESA DEL CONGRESO DE LA REPÚBLICA
CARACAS - VENEZUELA - MAYO DE 1973

CUADERNOS PARA LA JUVENTUD VENEZOLANA
EDICIONES DEL CONGRESO DE LA REPUBLICA - CARACAS

MAYO 1973